

Antioco en Acarnania: á su llegada atacaron, Filipo á Malea, en la Perrebia; Bebio la plaza de Facia, tomándola casi sin combate y con igual rapidez se apoderó de Festo. Volviendo en seguida sobre Atrax, se apoderó de Cyrecias y de Ericio, puso guarniciones en todas las ciudades conquistadas, y marchó á reunirse con Filipo bajo las murallas de Malea. A la llegada del ejército romano, asustados los habitantes, ó esperando conseguir su perdón, capitularon, y los dos ejércitos reunidos se pusieron en marcha para recobrar las plazas que habían tomado los athamanos. Eran estas plazas, Eginio, Ericinio, Gonfi, Silana, Tricca, Melibeia y Faloria. En seguida rodearon Pelineo, donde se encontraba el megalopolitano Filipo con quinientos infantes y cuarenta caballos, pero antes de dar el asalto invitaron á Filipo á que no corriese los riesgos de una lucha desesperada. Su contestación fué altanera, diciendo que podría confiar en los romanos ó tesalios, pero que jamás se entregaría en manos de Filipo. Vióse que era necesario emplear la fuerza, y considerando posible atacar al mismo tiempo Limnea, decidieron que marchase el rey hacia esta ciudad y quedase Bebio para sitiar á Pelineo.

Por este mismo tiempo el cónsul M. Acilio, que acababa de pasar el mar con veinte mil hombres de á pie, dos mil caballos y quince elefantes, eligió algunos tribunos militares para que llevasen la infantería á Larisa, y marchó con la caballería á reunirse con Filipo delante de Limnea. A la llegada del cónsul, se apresuró la ciudad á capitular, así como también la guarnición del rey y los athamanos. De Limnea marchó el cónsul á Pelineo, donde se rindieron primeramente los athamanos y después Filipo el megalopolitano. Cuando salía de la ciudad, se encontró casualmente el rey Filipo á su paso, le hizo saludar con el título de rey, y añadien-

do en seguida á esta burla un sarcasmo indigno de la majestad real, se adelantó hacia él, le llamó hermano y en seguida le llevó ante el cónsul, que le puso bajo buena escolta, enviándole poco después á Roma cargado de cadenas. Los demás athamanos ó soldados del rey Antioco que guarnecían las ciudades nuevamente reducidas, fueron entregados al rey de Macedonia, elevándose entre todos á cerca de tres mil. El cónsul partió para Larisa con objeto de concertar el plan de operaciones ulteriores. En el camino encontró legados de las ciudades de Pieria y de Metrópolis que venían á someterse. Filipo trató con especial bondad á los prisioneros athamanos, con objeto de atraerse por este medio la nación, y cuando creyó poder lisonjearse con reunir la Athamania á su reino, llevó allá su ejército después de enviar los prisioneros á sus ciudades. Estos impresionaron mucho los ánimos de sus conciudadanos, ensalzando su clemencia y generosidad con ellos. Amíandro, cuya presencia podía contener á algunos súbditos suyos y sujetarlos en el deber, temiendo que le entregasen á su antiguo enemigo Filipo, ó á los romanos, justamente irritados ahora por su defección, salió del reino con su esposa y sus hijos, y se refugió en Ambracia. De esta manera pasó toda la Athamania á las leyes y á la obediencia de Filipo. El cónsul, para que descansasen especialmente los caballos y los elefantes de las fatigas de la navegación y de las jornadas que la habían seguido, pasó algunos días en Larisa, y cuando se rehizo su ejército con aquel breve descanso, avanzó sobre Cranón. En el camino recibió la sumisión de Farsalia, Scotusa y Feras, que se rindieron con las guarniciones de Antioco. Mil soldados de los que las componían, habiendo sido preguntados, consintieron en ser incorporados al ejército y pasaron á las órdenes de Filipo; los demás fueron enviados sin armas á Demetria-

des. El cónsul recobró en seguida Proerna y los castillos inmediatos, llegando hasta el golfo Maliaco. Acercábase al desfiladero que domina Taumacia, cuando saliendo de la ciudad todos los jóvenes, corrieron armados á ocultarse en los bosques y los pasos, cayendo desde las alturas sobre el ejército romano. El cónsul envió primeramente parlamentarios para que les aconsejasen renunciaran á su loca empresa; y viendo que persistían en su resolución, les hizo rodear por un tribuno y dos manipulos, y les cerró el camino de la ciudad; privada Taumacia de defensa, cayó en su poder. A los gritos que oyeron á su espalda, salieron de la emboscada para refugiarse en la ciudad, y fueron destrozados. De Taumacia llegó el cónsul en dos días á las orillas del Sperqueo y desde allí llevó la devastación al territorio de los hipateos.

Entretanto encontrábase Antioco en Calcis. Viendo que hasta entonces solamente había encontrado en Grecia los placeres del invierno pasado en esta ciudad y la vergüenza de sus desiguales nupcias, quejóse de Thoas y de las vanas promesas de los etolios, y devolvió toda su confianza á Anníbal, á quien admiraba, no solamente como varón prudente, sino casi como adivino que le había predicho todo cuanto le ocurría. Sin embargo, para no acabar de perder con su inacción una empresa con tanta ligereza emprendida, mandó á los etolios que reuniesen todos sus jóvenes y marchasen á Lamia, adonde se dirigió él mismo á la cabeza de diez mil hombres de infantería que había completado con los refuerzos venidos de Asia y quinientos caballos. Los etolios se presentaron en menor número que nunca, no viéndose más que los principales de la nación que habían llevado algunos clientes, asegurando que habían hecho los mayores esfuerzos para sacar de las ciudades el mayor número posible de combatientes, pero que ni su

influencia, ni su autoridad, ni sus órdenes habían podido triunfar de la obstinada negativa de sus conciudadanos. Abandonado así por todas partes por los suyos, que no se apresuraban á dejar el Asia, y por los aliados, que no cumplían las promesas con que le habían lisonjeado al llamarle, marchó á situarse en el desfiladero de las Termópilas. Esta cadena de montañas divide en dos partes la Grecia, como los Apeninos la Italia. A la entrada del desfiladero por el Norte se encuentran el Epiro, la Perrhebia, la Magnesia, la Tesalia, el país de los aqueos Plithiotas y el golfo Maliaco. En los mismos límites de las gargantas por el Mediodía están la Etolia casi entera, la Acarnania, la Locrida, la Fócida y la Beocia con la isla de Eubea; detrás, la tierra del Atica, que avanza en el mar como un promontorio, y finalmente el Peloponeso. Esta cadena que corre á través de la Etolia desde Leucada y el mar occidental hasta el oriental, está de tal manera erizada de rocas y llena de precipicios, que no ya ejércitos, ni siquiera viajeros sin bagaje podrían encontrar fácil camino; la extremidad oriental lleva el nombre de monte OETA, cuya cumbre más alta se llama Calidromo. Al pie de esta montaña, en el valle que lleva al golfo Maliaco, existe un camino que no es más ancho de sesenta pasos. Este es el único por donde puede pasar un ejército, si no se encuentra interceptado. De aquí el nombre de Pilas dado á estos desfiladeros, llamados por otros Termópilas á causa de las fuentes termales que se encuentran en el interior de las gargantas; paraje célebre por la abnegación de los lacedemonios y más aún por su combate contra los persas.

No tenía indudablemente Antioco igual resolución cuando estableció su campamento á la entrada del desfiladero, construyendo allí fortificaciones; pero cuando hubo levantado doble empalizada, abierto doble foso,

y hasta construido en los puntos más débiles una muralla con las piedras que le suministraba abundantemente el terreno; cuando se tranquilizó pensando que el ejército romano no podría pasar por allí, envió los cuatro mil etolios que había conseguido reunir, parte á Heraclea, ciudad situada enfrente de las gargantas, de la que quería asegurarse, y parte á Hypata. No dudaba que el cónsul sitiaria á Heraclea, y por numerosos mensajeros había sabido que sufrían devastaciones todos los alrededores de Hypata. El cónsul, después de talar primeramente la llanura de Hypata y después la de Heraclea, sin que los etolios pudiesen defender ninguno de los dos puntos, estableció su campamento en las mismas gargantas, cerca de las fuentes termales, enfrente del rey. Los dos cuerpos etolios penetraron juntos en Heraclea. Antioco, que antes de ver al enemigo se había creído en seguridad detrás de sus fortificaciones y parapetos, comenzó entonces á temer que los romanos encontrasen paso por las alturas que lo dominaban. Porque, según decían, de aquella manera envolvieron en otro tiempo los persas á los lacedemonios y recientemente los romanos á Filipo. Por esta razón envió á Heraclea para que rogasen á los etolios le prestasen el único servicio que podían en esta guerra, apoderándose de las cumbres de las montañas y situarse allí para impedir el paso de los romanos. El mensaje introdujo la división entre los etolios, queriendo unos conformarse con las órdenes del rey y ponerse en marcha, opinando otros por la permanencia en Heraclea, preparados para cualquier acontecimiento, con objeto de poder, si el cónsul vencía al rey, dirigir todas sus fuerzas en socorro de las plazas que poseían en las inmediaciones; y si el rey quedaba vencedor, ponerse en persecución de los romanos derrotados. Los dos bandos persistieron en su opinión y la pusieron por obra, cada

uno por su lado. Dos mil hombres quedaron en Heraclea, y los otros dos mil, dividiéndose en tres grupos, marcharon á ocupar las tres cumbres llamadas Calidromo, Rhodoncia y Tiquiunta.

Viendo el cónsul que los etolios habían ocupado las alturas, envió para desalojarlos á M. Porcio Catón y á L. Valerio Flaco, sus legados consulares, con dos mil hombres de infantería escogida; Flaco debía atacar Rhodoncia y Tiquiunta; Catón, Calidromo. Por su parte, antes de marchar al enemigo reunió á sus soldados y les dirigió breve arenga: «La mayor parte de los que veo en las filas, ¡oh soldados! han servido en este mismo ejército á las órdenes y bajo los auspicios de T. Quincio. Pues bien: en la guerra de Macedonia, el desfile de Aous era mucho más difícil que el que tenemos á la vista. Ese no es otra cosa que una puerta, el único camino que la naturaleza ha abierto entre los dos mares. Las fortificaciones de Filipo estaban mejor emplazadas; su posición era más fuerte, su ejército más numeroso y formado por soldados más valientes, macedonios, tracios é ilirios, pueblos todos valerosos. Aquí no hay más que sirios y griegos del Asia, raza de hombres sin energía, nacida para la esclavitud. Entonces teniais delante un rey belicoso y aguerrido desde su juventud, por las luchas que sostuvo contra los tracios contra los ilirios y contra todos sus vecinos. El que ahora tenemos que combatir, omitiendo el relato de su vida, es el que, habiendo venido del Asia á Europa para luchar con los romanos, no se ha distinguido durante el invierno más que por locos amores y por un matrimonio indigno con la hija de un particular. ¡Y en medio de la embriaguez de ese nuevo matrimonio, adormecido aún por el desorden del festín, viene á presentarnos batalla! Todos sus recursos, todas sus esperanzas descansan en los etolios, los hombres más vanos é ingratos que exis-

ten; vosotros lo habéis experimentado anteriormente y como vosotros lo experimenta hoy Antioco. En efecto; solamente le han suministrado débiles refuerzos y no han querido permanecer en su campamento; hasta se han dividido ellos mismos, después de haber pedido defender á Hypata y Heraclea, dejando estas ciudades indefensas y refugiándose en las alturas ó en Heraclea. El mismo rey confiesa que no se atreve ni á pelear con nosotros en campo raso, ni á acampar en llano; abandona todo el país que se lisonjaba de habernos arrebatado á nosotros y á Filipo; ocúltase en medio de los peñascos, y no á la entrada de los desfiladeros, como lo hicieron en otro tiempo los lacedemonios, según se dice; porque sepulta su campamento en los parajes más inaccesibles. ¿No es esto demostrar tanto medio como si se encerrase en las murallas de una ciudad para que le sitiáisen en ella? Pero Antioco no estará más seguro en esa garganta que los etolios en las alturas que ocupan. Todo está previsto, todo está dispuesto de antemano para que no encontréis otro obstáculo que el enemigo. Pensad que no combatís solamente por la libertad de la Grecia, por glorioso que sea para vosotros, después de haber libertado este país del yugo de Filipo, libertarle también de los etolios y de Antioco; pensad que la victoria os entregará el botín que encontréis en el campamento del rey y todos los convoyes que diariamente se esperan de Éfeso. Pensad además que abris á la dominación romana el Asia, la Siria y todos los ricos imperios de Oriente. Desde Cádiz y el Mar Rojo (1) casi no tendremos otros límites que las orillas del Océano cuyo inmenso contorno abraza todo el universo, y los romanos serán, después de los dioses, objeto de la venera-

(1) Entendian los antiguos por este nombre, no solamente el golfo Arábigo, que hoy lo conserva exclusivamente, sino también el golfo Pérsico y el mar de las Indias.

ción de todos los pueblos. Elevad vuestros ánimos á la altura de tan grandes recompensas, y que, con el auxilio de los dioses, la batalla de mañana sea decisiva.»

Después de la arenga se separaron los soldados, y antes de reparar las fuerzas, prepararon las armas y los venablos. Al amanecer se dió la señal de combate. El cónsul formó su ejército dando poco desarrollo al frente de batalla, en conformidad con las condiciones del terreno. El rey, por su parte, al ver las enseñas enemigas, avanzó al frente de su ejército, colocando en primera línea, delante de las fortificaciones, parte de sus tropas ligeras, y como otro parapeto la temible falange de los macedonios llamados sarisóforos. A su izquierda y al pie mismo de la montaña colocó parte de los honderos y sagitarios, que desde aquel punto dominaban á los romanos y podían atacarles por el costado. A la derecha los macedonios, y al extremo de las empalizadas, defendidas en aquel lado hasta el mar por charcas cenagosas y abismos impracticables, situó los elefantes con su guardia ordinaria; detrás de ellos la caballería; después, á cierta distancia, el resto de las tropas formando la segunda línea. Los macedonios, colocados delante de las empalizadas, sostuvieron al principio sin trabajo el choque de los romanos, que procuraban abrirse paso por todas partes: secundábanles eficazmente sus compañeros, que, desde su elevada posición, hacían llover sobre los romanos granizada de piedras, flechas y venablos (1). Pero muy pronto no pudieron resistir á los que atacaban, cuyo número iba en aumento; cedieron, pues y se retiraron á las empalizadas; allí, detrás de aquel parapeto, formaron otro con sus picas, presentando la punta. Las empalizadas, por su escasa elevación, les

(1) Dice Plutarco, que el rey recibió en la cara una pedrada que le rompió los dientes: el dolor le hizo volver el caballo y emprender la fuga, siendo esta la señal de la derrota general.

daban la ventaja del terreno para combatir, y la longitud de las picas mantenía á los romanos debajo de ellos. Así fué que muchos de éstos, al acercarse con poca precaución, cayeron traspasados. Hubieran tenido, pues, que renunciar á un ataque inútil, so pena de perder mucha gente, si M. Porcio, que acababa de sorprender á los etolios, la mayor parte dormidos, y arrojado del Calidromo, haciendo en ellos inmensa matanza, no se hubiese presentado de pronto en la altura que dominaba el campamento de Antioco.

No había tenido igual fortuna Flaco en el ataque de Tiquiunta y de Rhodoncia; pues, á pesar de sus esfuerzos, no consiguió apoderarse de aquellas dos posiciones. Los macedonios y el resto de las tropas que defendían el campamento del rey, no distinguiendo, á causa de la distancia, más que un cuerpo en movimiento, creyeron al principio que eran los etolios, que habiendo visto desde lejos trabado el combate, venían á socorrerlos. Pero cuando reconocieron más de cerca las enseñas y las armas romanas, saliendo del error, y dominados por el pánico, arrojaron las armas y comenzaron la fuga. Los parapetos retrasaron la persecución, por el estrecho espacio del valle por donde había que seguir al enemigo, y especialmente por los elefantes, que formaban la retaguardia. Los peones no forzaban sino con mucho trabajo aquella línea impenetrable para los jinetes; porque los caballos se asustaban y confundían con más desorden que en medio del combate. Los romanos perdieron también tiempo en saquear el campamento. Sin embargo, aquel día persiguieron al enemigo hasta Scarfea, y después de cogerle ó matarle en el camino muchos hombres, caballos y hasta elefantes, degollando á casi todos por no poder cogerles, regresaron á su campamento. Durante el combate, la guarnición etolia de Heraclea había hecho, para apoderarse de él, una

tentativa que no tuvo resultado, á pesar de su atrevimiento. A la tercera vigilia de la noche siguiente, el cónsul envió su caballería en persecución de los vencidos, y al amanecer, él mismo se puso en marcha con la infantería de las legiones. El rey se le había adelantado, porque no había detenido su precipitada fuga hasta Elacia; y en cuanto reunió allí los restos del combate y de la derrota, regresó á Calcis con débil escolta de soldados casi desarmados. La caballería romana no encontró ya al rey en Elacia, pero sorprendió allí considerable número de los suyos, que se habían detenido por cansancio, ó extraviados, faltos de guías, en caminos descoacidos, y que se habían dispersado por todos lados. De todo el ejército de Antioco sólo escaparon los quinientos soldados que escoltaban su persona, triste y débil resto de los diez mil soldados que, según Polibio, hemos dicho que trajo á Grecia aquel príncipe. ¿Qué se diría, á ser cierta la afirmación de Valerio Ancias acerca de que el ejército real se elevaba á sesenta mil hombres, que perecieron cuarenta mil, que más de cinco mil cayeron en poder de los vencedores con doscientas treinta enseñas militares? Los romanos solamente perdieron ciento cincuenta hombres en el combate, y cincuenta á lo más en el ataque de los etolios al campamento.

Cuando avanzaba el cónsul por la Fócida y la Beocia, los habitantes de las ciudades rebeldes se presentaban en las puertas, con trajes de suplicantes por temor de que les tratasen como enemigos y les saqueran. Pero el ejército caminó durante muchos días como en país amigo, sin cometer ninguna violencia, hasta que llegó al territorio de Coronea. Allí encontraron, en el templo de Minerva Itoniana (1), la estatua del rey Antioco, ha-

(1) Este templo en que se celebraba la asamblea general de los beocios, y que sin duda por esta razón encerraba la estatua de Antioco, estaba fuera de la ciudad, en el camino de Alalco.

lazgo que exasperó á los romanos, permitiendo el cónsul á los soldados que talasen todos los campos alrededor. Reflexionando en seguida que habían erigido aquella estatua merced á un decreto de la asamblea general de los beocios, y que era injusto vengarse sobre el territorio de Coronea solamente, mandó retirarse en seguida á sus soldados, puso término á la devastación y se contentó con reconvenir á los beocios por la ingratitude con que pagaban sus numerosos y recientes beneficios al pueblo romano. Durante el combate, diez naves de la flota real se encontraban delante de Thronio, en el golfo Maliaco, á las órdenes del prefecto Isidoro. El acarnano Alejandro, gravemente herido, habiéndose presentado á buscar asilo en ellas, llevando la noticia de la derrota de las Termópilas, en el primer momento de desorden y espanto, la escuadra marchó á Cenéo en la Eubea. Alejandro murió y fué sepultado allí. Otras tres naves, que habían llegado del Asia y abordado al mismo puerto, enteradas de la derrota del ejército, marcharon á Éfeso. Isidoro hizo rumbo de Cenéo para Demetriades, con objeto de reunirse con el rey, si se había refugiado allí. Por el mismo tiempo, Atilio, prefecto de la flota romana, interceptó convoyes considerables dirigidos al rey, que habían pasado ya el estrecho de Andros, echó á pique parte de las naves y se apoderó de las demás, pudiendo solamente las últimas tomar de nuevo el rumbo del Asia. Atilio entró en el Pireo llevando las naves capturadas y mandó distribuir considerable cantidad de trigo á los atenienses y á los otros aliados de Roma en aquella región.

mena, cerca del rio Falaro ó Fliario. El epíteto que llevaba allí Minerva procedía de Itona, ciudad de Tesalia, donde se la veneraba especialmente, y de Itono, hijo de Amfición. Adorábase esta diosa al mismo tiempo que Plutus, quizá para demostrar que la sabiduría es la fuente de todos los bienes.

Antiocho abandonó á Calcis al aproximarse el cónsul, marchando primeramente á Tenos y desde allí pasó á Éfeso. Al llegar el cónsul á Calcis encontró abiertas las puertas; Aristóteles, prefecto del rey, no atreviéndose á esperarle, había salido de la ciudad: todas las demás ciudades de la Eubea se rindieron sin combate, y bastaron algunos días para la pacificación de toda la isla. Entonces volvió el ejército á las Termópilas sin haber ejercido violencia contra ninguna ciudad; honrándole más esta moderación después de la victoria, que la victoria misma. Desde su campamento envió el cónsul á M. Catón á Roma, para que diese al Senado y al pueblo noticias ciertas de los triunfos que habían conseguido. Marchó Catón desde Creussa, puerto de Tespia, en el fondo del golfo de Corinto, y se trasladó á Patras, en la Acaya; de Patras á Corcira siguió las costas de la Etolia y de la Acarnania, desembarcando en Hydrunto, en Italia. Cinco días después, gracias á la rapidez de su marcha, llegó á Roma por el camino de tierra. Entró de noche en la ciudad y marchó directamente á casa del pretor M. Junio, quien convocó á los senadores para la mañana siguiente. L. Cornelio Escipión, á quien había enviado el cónsul muchos días antes, habiendo sabido á su llegada que Catón se le había adelantado en el Senado, llegó cuando se encontraba en medio de su narración. En seguida se presentaron los dos, por orden del Senado, ante la asamblea del pueblo, donde narraron otra vez los triunfos conseguidos en la Etolia. Decretáronse tres días de acciones de gracias, y el pretor recibió orden de inmolar cuarenta víctimas mayores á los dioses que juzgase conveniente. Por aquellos mismos días, M. Fulvio Nobilior, que partió dos años antes para España en calidad de pretor, consiguió los honores de la ovación, haciendo llevar delante de él, á su entrada en Roma, ciento treinta mil

libras en monedas bigatas, doce mil libras de plata y ciento veintisiete de oro. *no valen las cosas de habividos*

El cónsul M. Acilio, antes de dejar las Termópilas, mandó decir á los etolios de Heraclea «que ya era tiempo de que volviesen á partido más prudente, puesto que sabían á qué atenerse en cuanto á las palabras del rey, y de que pensasen en conseguir del Senado, entregando á Heraclea, el olvido de su loca empresa ó al menos de su extravío. Otros pueblos de Grecia, añadía, también habían hecho traición en aquella guerra á la causa de los romanos, sus hienhechores; pero si las promesas de Antioco les habían apartado de sus deberes, al menos, después de su derrota, evitando agravar su falta con obstinación culpable, habían merecido el perdón. Los etolios podían salvarse igualmente por medio del arrepentimiento, aunque se les podía acusar, no de haber seguido al rey y haberse aliado con él, sino de haberse puesto al frente de los enemigos de Roma.» La contestación de los etolios no fué pacífica; y viendo el cónsul que tenía que apelar á la fuerza, y á pesar de la derrota de Antioco, dar principio á nueva guerra contra aquel pueblo, partió de las Termópilas, acampó cerca de Heraclea, y el mismo día dió vuelta á caballo alrededor de la plaza para reconocer su posición por todas partes. Heraclea está situada al pie del monte Oeta, en medio de una llanura, pero dominada por una fortaleza colocada en una altura á pico. Después de hacer los reconocimientos necesarios, decidió el cónsul atacar por cuatro puntos á la vez. Encargóse L. Valerio de dirigir los trabajos y las operaciones por el lado del río Asopo, donde se encuentra el gimnasio; Ti. Sernonio Longo, de sitiar el barrio fortificado, que era más populoso que la ciudad; M. Bebio, el barrio inmediato al golfo Maliaco, cuya aproximación era muy difícil; y Ap. Claudio se situó frente al templo de Diana, en las

orillas de un arroyo llamado Melar. Gracias al celo y actividad de estos jefes, levantáronse en pocos días las torres, arietes y demás máquinas de sitio. La comarca de Heraclea, que es pantanosa por todas partes y está cubierta de matorrales, suministraba con abundancia los materiales necesarios, y además las casas situadas fuera de la ciudad, abandonadas por los etolios, que se habían refugiado detrás de las murallas, ofrecían á los romanos, para todas las necesidades del sitio, vigas, tablas y hasta tejas, cemento y piedras de diferentes tamaños.

Los romanos atendían más á adelantar los trabajos del sitio que á dar asaltos; los etolios, por el contrario, solamente empleaban sus armas para defenderse. Cuando el ariete batía las murallas, en vez de tender cuerdas (1), como ordinariamente se hace, para contrarrestar los golpes, salían en masa espada en mano, y algunos con antorchas para incendiar los trabajos. Por todas partes había aberturas en las murallas para facilitar las salidas; y los sitiados, al reparar las brechas practicadas en las murallas, multiplicaban aquellas salidas, con objeto de caer sobre el enemigo por mayor número de puntos á la vez. En los primeros días, mientras tuvieron completas sus fuerzas, las salidas fueron más vivas y frecuentes; pero poco á poco se enfrió el ardor y disminuyó el número de combatientes, porque de todos los males que les abrumaban, ninguno les extenuaba tanto como las vigias. Gracias á la fuerza de su ejército, los romanos podían relevarse sucesivamente, mientras que los etolios, pocos en número, día y noche se consumían en incesantes trabajos. Durante veinticuatro días no tuvieron punto de reposo; habiéndolo

(1) Estas cuerdas servían para coger el ariete, separarlo de un lado y derribarlo con todas las obras que le sostenían.

sostener día y noche sin descanso los asaltos que daban los romanos por cuatro puntos á la vez. Creyendo al fin el cónsul, por la duración del sitio y por el relato de los desertores, que los etolios se encontraban extenuados, recurrió á otro sistema. Mandó tocar retirada á media noche, y cesar el ataque en todos los puntos al mismo tiempo, manteniendo á sus soldados en descanso dentro del campamento hasta la tercera hora del día. Entonces comenzó de nuevo el combate, lo prolongó hasta media noche y lo suspendió otra vez hasta la hora tercera del día. Creyeron los etolios que aquellas interrupciones por parte de los sitiadores reconocían también por causa el cansancio y la extenuación; y en cuanto oyeron tocar retirada á los romanos, en cierta manera obedecieron la señal, abandonaron apresuradamente sus puestos y no se presentaron armados sobre las murallas hasta la tercera hora del día.

El cónsul, después de suspender esta vez el ataque á media noche, mandó comenzar de nuevo á la cuarta vigilia con más energía, pero sobre tres puntos solamente, y ordenó á T. Sempronio que por su parte tuviese sus soldados preparados para atacar á la primera señal. Opinaba, acertadamente, que en una alarma nocturna, los etolios acudirían irremisiblemente á los puntos en que resonasen los gritos. En efecto; mientras aquellos sitiados que dormían arrancaban trabajosamente al sueño sus cuerpos quebrantados por el cansancio y las vigiliias, otros, que aún no estaban dormidos, acudieron en medio de la obscuridad al punto donde se oía el ruido. Los romanos se esforzaban en un lado en atravesar la brecha, en otro en escalar la muralla, y los etolios acudieron por todas partes para rechazarlos. Un solo punto dejaron indefenso, el barrio, porque no lo atacaban; pero los sitiadores estaban allí, no esperando más que la señal, y en aquel lado no había un solo de-

fensor. Ya comenzaba á despuntar el día cuando el cónsul dió la señal, y sus soldados, sin necesidad de combatir, parte entraron por la brecha y parte escalaron las murallas que aún quedaban en pie. A los primeros gritos que les anunciaban la toma de la ciudad, abandonaron en seguida sus puestos los etolios y se refugiaron en la fortaleza. Los vencedores saquearon la ciudad, permitiéndolo el cónsul, menos por satisfacer pasiones de odio y venganza, que por recompensar á los soldados de la sujeción en que les había mantenido en medio de tantas ciudades reconquistadas, dejándoles al fin saborear alguna parte de los frutos de la victoria. Cerca del mediodía retiró á sus tropas del pillaje, las dividió en dos cuerpos, y mandó á uno de ellos que rodease la montaña para ocupar una altura que se alzaba tanto como el pico de la fortaleza y de la que se encontraba separada por un valle intermediario, pero las cumbres de los dos picos estaban tan cercanas, que se podía lanzar venablos á la fortaleza. El cónsul debía subir á la cabeza del segundo cuerpo, desde la ciudad á la fortaleza, esperando solamente la señal de los que habían de escalar la montaña por detrás. Los etolios, que guarnecían aquel punto, ni siquiera resistieron á los primeros gritos de los sitiadores, que acababan de ocupar la altura ni al ataque que los romanos dirigían desde el centro de la ciudad: habían perdido el valor y no habían hecho ningún preparativo para sostener largo sitio; veían además la multitud de mujeres, niños y hombres inútiles que se habían refugiado en la fortaleza, que apenas bastaba para contenerlos y no podía defenderles. Así fué que, al primer asalto, depusieron las armas y se rindieron. Entre los prisioneros se encontraba el jefe Damócrito que al principio de la guerra, habiéndole pedido T. Quincio el decreto por el que sus conciudadanos llamaban á Antioco, le contestó «que se



lo daría en Italia, cuando acampasen allí los etolios.» El recuerdo de esta insolencia aumentó el regocijo de los vencedores.

Al mismo tiempo que asediaban los romanos Heraclea, Filipo sitiaba á Lamia; doble empresa que había sido concertada en la entrevista de las Termópilas, entre el cónsul que regresaba de la Beocia y el rey que había ido á felicitarle por su victoria, tanto á él como al pueblo romano, y á excusarse porque una enfermedad le había impedido tomar parte en la expedición. En seguida partieron cada uno por un lado para llevar á cabo los dos sitios á la vez. Estas dos ciudades solamente distan siete millas entre sí, y como Lamia está situada en una altura desde donde se descubren las cercanías, la distancia parecía menor aún y nada quedó oculto. Suscitóse por tanto una manera de rivalidad entre romanos y macedonios, que á porfía trabajaban y combatían día y noche. Pero los macedonios encontraban mayores dificultades; los romanos solamente tenían que construir obras sobre el suelo, y los macedonios abrían minas en terreno pedregoso, en el que con frecuencia encontraban roca que resistía al hierro. Viendo el rey el poco resultado de aquellos esfuerzos, entabló tratos con los principales de la ciudad, procurando atraerles á la capitulación, no dudando que, si se tomaba antes Heraclea, prefiriesen rendirse á los romanos, consiguiendo el cónsul el mérito del levantamiento del sitio. No se engañaba Filipo; inmediatamente después de la toma de Heraclea, recibió por un mensajero aviso para que desistiese del sitio; «siendo natural, le decían, que la ventaja estuviese de parte de los romanos, que habían tenido el trabajo de combatir á los etolios.» De esta manera se levantó el sitio de Lamia, debiendo al desastre de una ciudad vecina no experimentar igual desgracia.

«Pocos días antes de la toma de Heraclea, los etolios, reunidos en asamblea general en Hypata, enviaron legados á Antioco, formando parte Thoas de esta legación como de la anterior. En primer lugar debían insistir con el príncipe para que pasase personalmente á Grecia al frente de nuevas fuerzas de tierra y mar; y en segundo lugar para conseguir al menos dinero y hombres, si le retenía alguna empresa. «Su honor y su palabra, le decían, estaban comprometidos en que no abandonase á sus aliados; pero la seguridad de su reino especialmente le obligaba á no dejar el campo libre á los romanos para que destruyesen á la gente etolia y pasar en seguida con todas sus fuerzas al Asia.» Las observaciones eran exactas, por lo que impresionaron mucho al rey, que, por el momento, entregó á los legados el dinero necesario para la guerra, y prometió enviar socorros en hombres y en naves, reteniendo en su corte al legado Thoas, que quedó allí de buen grado y que con su presencia debía apresurar el cumplimiento de las promesas.

«Pero la captura de Heraclea acabó de abatir el ánimo de los etolios, y pocos días después de la marcha de los legados que iban al Asia para avivar la guerra é instar al rey, renunciaron á sus proyectos belicosos y enviaron á pedir la paz al cónsul. A las primeras palabras interrumpió el cónsul á los legados, diciéndoles que tenía asuntos más urgentes, y les mandó regresar á Hypata, después de concederles diez días de tregua. Dispuso que les acompañase L. Valerio Flaco, á quien debían someter sus instrucciones presentes y las demás peticiones que tuviesen que hacer; y cuando llegaron á Hypata, reuniéronse con Flaco los principales etolios para deliberar acerca de las proposiciones que presentarían al cónsul. Preparábanse á recordar las antiguas alianzas y los servicios que habían prestado al pueblo